La impiedad actual.

El nombre sólo de Sor Ana Catalina Emmerich basta para dar á sus visiones proféticas toda la autoridad que se ha menester. En una de ellas vió de manera sensible las ruinas morales de la sociedad presente y las catástrofes que de ahí deben seguirse. Copiemos:

«Parecíame que pasaba por todos los lugares habitados de la tierra, aunque sólo me fué mostrado el mundo del crimen. Algunas veces veía nuevas multitudes, víctimas de la ceguera del vicio, que caían de las alturas del mundo en los abismos... La perfidia, la ceguera, la maldad, la duplicidad, la venganza, el orgullo, el engaño, la envidia, la avaricia, la discordia, el homicidio, la lujuria y una horrenda impiedad, pasaban por delante de mis ojos; las víctimas de estos vicios, lejos de encontrar en ellos alguna ventaja real, no sacaban sino ser cada vez más ciegos, más miserables, y su caída en el tenebroso abismo era cada vez más profunda...

Todos los malos que se agitaban á mi vista, me aparecían en un vasto espacio que se extendía á derecha é izquierda hasta perderse de vista en la obscuridad, en medio de un tumulto semejante al de un campo de feria; cometían la iniquidad por bandos y grupos (ó partidos) que se entrecruzaban: un crimen traía otro crimen en su seguimiento... Vi pueblos de todos aspectos y de todas costumbres, sumidos unos como otros en aquellas monstruosidades».

Tal vez dirán los lectores que todo esto es muy vago: no lo es tanto como parece; mas esperen un poco y las profecías lo irán concretando todo, así como las fechas señaladas hace siglos por algunos Santos para un tiempo, al parecer, cercano á ellos. Tendremos ocasión de explicar esas «carcanías» proféticas, y se verá que la expresión es muy propia, aunque se trate de siglos. Así acontece con el siguiente pasaje de una profecía de San Francisco de Asís, que habla de los tiempos presentes y los próximamente pasados y futuros:

«Los tiempos de grandes tribulaciones y aflicciones se

acercan: no se verá en ellos más que amor á las cosas temporales, perplejidad y divergencia en las opiniones. La caridad de muchos se enfriará, y prevalecerá la iniquidad de los perversos. El poder de los demonios se dejará libre más de lo acostumbrado. La pureza inmaculada de nuestro instituto y de otros quedará desfigurada, porque *poquísimos cristianos obedecerán al Sumo Pontífice y á la Iglesia Romana con corazón sincero y caridad verdadera*».

Pero todo esto se acabará con el triunfo general del Gran Monarca español, á quien, según los profetas, la violencia de estos sucesos obligará á manifestarse. La Ven. Madre del Bourg añade lo siguiente:

«Los ángeles exterminadores, espada en mano, no esperan más que una señal para herir la tierra... La justicia castigará, pero la misericordia intervendrá, y seremos salvos. *Habrá una crisis terrible*; pero se me ha dicho (por revelación) que *después de este tiempo conducirá el Señor al príncipe Deodato.* —El Señor me ha dado terribles quejas: se queja de ese furor en buscar los placeres; se queja de los bailes escandalosos; de la indecencia y del lujo en los trajes. Si prohibe en el santo Evangelio hasta una sola mirada, hasta un mal deseo, ¿será de extrañar que castigue de un modo terrible la corrupción de costumbres, que es el resultado necesario de todos esos abusos?...

El orden social es ficticio: si todavía se mantiene, es por la fuerza y la violencia. Los castigos del Señor van á caer sobre nosotros de muchas maneras. Azotes, desórdenes, sangre derramada. Habrá un desorden horrible. Sin embargo, aquellos días serán abreviados en favor de los justos. Dios elevará sobre el trono á un Rey modelo, á un Rey cristiano... El Señor le dará la luz, la prudencia y el poderío: El mismo le ha preparado por largo tiempo y le ha hecho pasar por el crisol de la prueba y del tormento, pero lo llamará del destierro, lo tomará de la mano, y en el día fijado lo pondrá en el trono». (Profecía de 1857).

El Ven. Padre Bernardo María Clausi, religioso mínimo, profeta que parecía tener la inspiración de su Padre San Francisco de Paula, decía por el mismo tiempo, entre otras cosas:

«Este azote se hará sentir en todo el mundo, y será tan terrible, que cada uno de los que sobrevivieren se imaginará ser el único que ha quedado libre, y todos se arrepentirán y

serán buenos. Este castigo será muy corto, pero terrible.— *Questo flagello sara instantaneo, momentaneo, ma terribile.*— Mas antes que sucedan estas cosas, habrá hecho el mal tantos progresos en el mundo, que parecerá que los demonios han salido del infierno. Tan grande será la persecución de los malos contra los justos, que habrán de padecer un verdadero martirio. Las cosas llegarán al colmo; pero cuando la mano del hombre no pueda más y todo parezca perdido, Dios mismo pondrá allí su mano y arreglará las cosas en un abrir y cerrar de ojos, como de la mañana á la tarde».

«Aunque estos males son castigos de Dios,—profetizaba la Fundadora de las Hijas del divino Salvador,—no proceden solamente de su justicia; proceden también de su misericordia, porque *quiere corregir á los hombres castigándolos.* Ved ahí por qué saldrán frustrados los perversos designios de los malos».

Por eso en la profecía llamada *Grito de salud,* dice el Señor:

«Unos bendecirán el feliz acaso que ha hecho descubrir los proyectos de los malos; otros alabarán la sabiduría y habilidad de ese gobierno que supo desbaratar aquellos complots; pocos, muy pocos pensarán en dirigir sus miradas más arriba, pues casi todos se aprovecharán de aquellos medios para adormecerse en una vana seguridad, y algunos para burlarse de mis amenazas y avisos. Sólo van bien *los que saben verme en los acontecimientos*, se humillan á mi mano, y cuando se ven libres de un peligro, descubren allí un rasgo de mi protección. Los que no quieren verme en los acontecimientos, un día me reconocerán en todo; los que buscan las causas fuera de mí, van á creer pasado el peligro y dormirse en una falsa seguridad; pero su despertar será horrible».

También era el Señor quien decía á su admirable sierva Sor Dominga del Paraíso:

«Vendrá un tiempo en que mi fe declinará de tal modo, que pocos la conservarán: los templos parecerán más bien cuevas (de... *vividores*) que iglesias. Entonces la nota dominante será la ceguedad; y entre tantas tinieblas, pocos serán los que de veras puedan ejercitar la virtud y consagrarse al culto de mi fe. Se obscurecerá tanto entre los cristianos el verdadero conocimiento de Dios, que los pocos fieles queguardarán el espíritu de mi amor tendrán que separarse de sus amigos, de sus padres, de sus familias y retirarse á lugares lejanos y solitarios para poderse conservar fieles en mi ser-

vicio; porque no hallarán hombres que hablen verdad y aprueben el bien, ni religiosos que exhorten á la virtud y confirmen los pueblos en la fe.

Todos se moverán por respetos humanos, y bajo estas apariencias, el demonio engañará á muchos y hasta *poseerá algunos que entre las gentes serán tenidos por varones espirituales*. De esta suerte abrirá la puerta á las murmuraciones, á los escándalos, á las divisiones (contra todo el orden religioso), y mis escogidos padecerán tan extrañas persecuciones, que *estarán dudosos y perplejos acerca de cuál opinión ó partido deberán seguir entre tantos como habrá*. Así lo permitiré para humillarlos».

Entre las muchas causas por que el Señor consentirá todos estos males, ya presentes en gran parte, hallamos éstas que el mismo Señor nos da á conocer, hablando á su sierva Sor María de San Pedro:

«La tierra está cubierta de crímenes, y la infracción de los tres primeros mandamientos de la ley de Dios ha irritado á mi Padre. El santísimo Nombre de Dios blasfemado y el domingo profanado, han colmado la medida de las iniquidades. Estos pecados han subido hasta el trono de Dios y provocado su cólera, que se derramará si no se aplaca su justicia. En ningún tiempo han subido tan alto los crímenes. Yo deseo con deseo vivísimo que se forme una asociación bien probada y organizada (se formó) para honrar el Nombre de mi Padre».

(*Luz Católica*, núm. 21=21 Febrero 1901).

La impiedad en sus relaciones con la política.

Empecemos este artículo, como el anterior, con las visiones de la Ven. Sor Catalina Emmerich. Lo que vamos á copiar es susceptible de muchas aplicaciones, todas legítimas. Nosotros vemos en la descripción que hace la extática el presente estado moral de los católicos, con el lugar de muerte que es la política y su punto negro del parlamentarismo, ó tal vez la exagerada sumisión á ciertas instituciones, ora reinantes, ora no. Doce misioneros representan á los defensores de la fe; la ciudad en donde el triunfo empieza

nos parece la misma de San Francisco de Paula, Valencia. Parécenos descubrir la obra de los Crucíferos... He aquí lo principal:

«Vi el mundo como una llanura que se cubrió de obscuridad y de tinieblas. Todo estaba allí seco, ajado como una naturaleza muerta; y al mismo tiempo que así se desarrollaba la tierra ante mis ojos, toda árida y sin agua, veía que se multiplicaban las obras tenebrosas de los hombres. Gran número de escándalos se me mostró en todos sus detalles; en medio de aquella desolación, reconocí á Roma y las calamidades que afligían la Iglesia y la hacían declinar.

Vi después qne grandes masas afluían de diversas regiones á un mismo lugar, donde se peleaba de muerte. En este sitio, al centro del campo de batalla, aparecía un punto negro, de cierta extensión, semejante á un abismo vertiginoso, alrededor del cual se quedaban las filas más y más claras, como si los combatientes fueran allí precipitados sin que ninguno lo advirtiese. Al mismo tiempo volví á ver entre aquellas ruinas á los doce hombres (antes ha hablado ya de ellos). Terminada una obra, se sentían con bastante fuerza para emprender otra. Los doce se hallaban allí de nuevo, todos de edad de cuarenta años; de ellos tres eran sacerdotes, y los demás esperaban serlo. Vi que, con la ayuda de Dios, recuperaban todo lo que se había perdido, y que no trabajaban en todas sus empresas sino por la buena causa.

También observé entre las filas tenebrosas unos corruptores, falsos profetas y personas que combatían los escritos de aquellos nuevos doce apóstoles. Estos desaparecían á veces en la lucha (nótense bien todos estos detalles), mas era para volverse á presentar pronto con mayor brillo. Mientras las filas de combatientes se aclaraban más y más alrededor del abismo, y toda una ciudad desaparecía durante la lucha, el partido de los doce hombres apostólicos aumentó en proporción, y un relámpago fulminante vino á caer en el tenebroso abismo. Vi al mismo tiempo cernerse sobre la Iglesia menoscabada y humillada una augusta Señora, cubierta de un manto azul con pliegues muy anchos y coronada de estrellas. Por todas partes donde sus rayos penetraban, se renovaba la tierra y se ponía floreciente.

Vi entre otras la menor de las iglesias de una gran ciudad convertida en la primera iglesia de la población. Allí se reunieron los doce apóstoles, y todo vino á ser floreciente. Vi elevarse claustros y santuarios».

Es la paz del Gran Monarca.

La siguiente pertenece al Ven. Holzhauser, tomada de sus autorizadísimos y proféticos comentarios sobre el Apocalipsis; el Venerable se refiere terminantemente á la época actual:

«Amarán los hombres vivir en libertad, como los peces en el mar y las aves en el aire, siguiendo sus concupiscencias y deseos, para que cada cual crea y obre lo que quiera, según lo describe San Judas en su Carta Católica.—Los preceptos divinos y humanos serán despreciados; los sagrados Cánones se tendrán por nada, haciendo el Clero igual caso de la disciplina eclesiástica que el pueblo de la política. Muchos millares de cristianos, aunque conserven el nombre de católicos por algún respeto ó temor humano, estarán interiormente muertos en el ateísmo, indiferentismo, calvinismo, falsa política y odio á los eclesiásticos. Pero no faltarán en este tiempo de desolación algunos amigos del Señor que, como la luz del mundo y lámpara colocada en lugar obscuro, brillarán en la tierra para que no sea del todo envuelta por las tinieblas. Y aquel Monarca fuerte que ha de venir, destruirá las repúblicas por sus fundamentos».

Los hechos hablan...

Los acontecimientos han dado autoridad profética á una profecía hallada en 1776, anónima, admitida por Da Macello en *I Futuri Destini*. La admitimos sin vacilar, y copiamos:

«El primero que reinará de esta secta (masonería) será un hombre de obscuro linaje (Napoleón I). Ensoberbecido, tratará de hacerse monarca de toda Europa; pero se unirán muchos reyes y lo vencerán. Se levantará otro de la misma secta (Napoleón III), el cual pretenderá reinar como el primero; pero su reinado no durará mucho, porque será muerto, no con cólera ni en batalla (así fué). Extirpada una planta tan venenosa (en 1871), se gozará de una especie de paz en varias naciones; mas no será larga, porque quedando la raíz del mal, brotará en muchos lugares.

Se oirán nuevas sediciones y movimientos de algunos pueblos, nuevas guerras, muertes, angustias, nuevas leyes y constituciones, obligando á los reyes á portarse como vasallos (parlamentarismo). Se levantará entre tanto una nueva planta venenosa, miembro de dicha infernal secta (parece que está por venir), el cual será un hombre vilísimo...

En aquel tiempo, ¡oh Dios!, ¡cuánta confusión habrá en todo el mundo! Guerras, sublevaciones de pueblos, ruinas,

saqueos, carestías, imposiciones de tributos, miserias y crueldad. Turcos, herejes, católicos, cismáticos, idólatras, y naciones varias con rabia y furor irán unos contra otros, y parecerá que los hombres hayan perdido el uso de la razón. Después de tantas calamidades, Dios Eterno se moverá á piedad, inspirando en el corazón de algunos siervos suyos, al efecto reservados, la elección de un sujeto de mucha bondad y santidad para Vicario de Jesucristo (el Pastor Angélico, de quien las profecías hablan tanto como del Gran Monarca). Este santo hombre coronará con sus propias manos á un gran personaje, y lo declarará Emperador de los Romanos, el cual formará un ejército con que destruirá la impiedad y pondrá paz por todo el mundo».

Nótese que esta profecía fué publicada mucho antes de uno y otro Napoleón. La séptima edición de *I Futuri Destini* apareció á mediados de 1871. Otra profecía hay en este libro de las mismas condiciones que la anterior. Es un precioso resumen de muchas profecías; toda se refiere á los tiempos actuales, y sentimos no disponer de espacio para copiarla entera; he aquí lo principal:

«La apostasía surgirá de súbito; en el término de un año llegará á su colmo, y cometerá excesos increíbles. Durante aquel tiempo, todos los Estados de Europa estarán en fermentación: los apóstatas no tendrán más que diez meses de prosperidad; pero no se acabará la apostasía sino por la guerra que le harán (los Crucíferos). Esta apostasía será efecto del artificio y de los esfuerzos de las personas constituídas en el gobierno, sostenidas por sus subalternos así del orden civil como del eclesiástico.

El culto del Nuevo Testamento será corrompido (se refiere al catolicismo liberal, y al cisma religioso que será especialmente obra da Alemania y su antipapa; y alude á los judíos, secuaces del culto Mosaico, que están preparando esta revolución), tanto en sentido figurado como literal. Las antiguas constituciones civiles serán igualmente atacadas por la apostasía; sin embargo, el temor y los intereses propios harán que algunas potencias sostengan á los apóstatas.

Serán heridos primero los grandes y después el pueblo... Será menester que cada uno lleve en la frente la señal de la bestia. El pueblo confiará en que sus directores alejarán de él las desgracias, lo cual será una ilusión (aprendan las masas carlistas, dignas de mejores jefes); pero los que le hablen de

prosperidad en vez de dolores, obtendrán su confianza. El poder constitutivo promulgará leyes en favor del nuevo culto y prohibirá á los eclesiásticos ejercer otro. El clero en parte accederá al deseo de dicho poder, y los cargos más eminentes de dicho culto serán confiados á hombres perjuros é hipócritas: sólo los renegados serán admitidos.

Los fieles en aquella época querrán escapar, y serán vigilados por sus enemigos. La persecución acabará con el martirio de personas del primero y segundo orden de la sociedad. El proyecto de regeneración (nótense estas palabras, y véase otra vez la ciudad de los Crucíferos...) será elaborado en una metrópoli... y los fieles enmudecerán mientras esto se verifique (como mudos están hoy, sobre todo, en Valencia).

Viendo los perseguidos la perseverancia de sus enemigos en valerse de todos los medios y tentativas que la falsa política les aconseja, comenzarán á pensar seriamente en los medios de defenderse; la desesperación les dará valor, y *aunque no confíen mucho en la única determinación conveniente, por fin la tomarán*».

Esta es la solución, la única solución, y estamos ya en el caso. Veremos cuándo se toma la determinación indicada. ¡Dios quiera que sea pronto! Terminemos este artículo volviendo á citar al V. Holzhauser en su carta profética al Beato Amadeo, desde el párrafo que se refiere á Napoleón III, y que dice así:

«Cuando sus manos se vean del todo teñidas de sangre, será á su vez derribado de su trono por un potentado que caerá sobre él á la cabeza de un ejercito venido del Norte con toda la Alemania. En medio de esto, la paz no se habrá restablecido definitivamente, pues de todos lados conspirarán los pueblos en favor de la república, y así, se verán todavía terribles calamidades por todas partes. La Iglesia y sus ministros serán hechos tributarios; los príncipes serán derribados, los monarcas condenados á muerte (por las sectas) y sus vasallos condenados á la anarquía».

Todo esto, desde Napoleón, se ha cumplido al pie de la letra y se sigue cumpliendo: pronto se cumplirá lo que sigue á lo anterior, y es:

«El Omnipotente entonces intervendrá con un golpe admirable que nadie en el mundo pudiera imaginarse. Y aquel Monarca poderoso que debe venir de la parte de Dios, subyugará á todos sus enemigos, destruirá el imperio de los france-

ses (la República) y reinará de Oriente á Occidente. Es necesario, ¡oh servidor de Dios!, que se cumpla lo que os digo, no porque lo digo yo, sino porque Dios así lo ha decretado, resuelto y absolutamente ordenado».

Se cumplirá, ¡oh, sí!, ¡se cumplirá!

(*Luz Católica*, núm. 21=21 Febrero 1901).

II

Las sectas masónicas y católico-liberales.

Profecía de Santa Hildegarda.

Santa Hildegarda, del siglo XII, fué proclamada por sus contemporáneos «Gran Profetisa del Nuevo Testamento». Santos y Papas y Concilios declararon que sus revelaciones tienen á Dios por autor. Apenas hay profecías tan autorizadas como las suyas. Refiérense particularmente á nuestros tiempos de impiedad y revolución.

Tomaremos solamente lo que hace á la época actual y á los tiempos que van á seguir. Algo se ha cumplido ya: otras cosas se están cumpliendo, y las demás van á cumplirse. Hemos hablado de la impiedad en general: concretemos ahora, tratando de la masonería, del liberalismo y del catolicismo liberal, que son la misma cosa con diferentes matices.

«Del seno de la luz viva—escribe la Santa—he oído una voz, diciendo: ¡Oh hija de Sión! (la Iglesia militante) la corona de honor caerá de la cabeza de tus hijos, y el manto de sus riquezas será disminuído, porque no han conocido el tiempo que les he dado para ver y para enseñar á los pueblos. Por cuanto no hicisteis esto, os veréis reducidos á ser los esclavos de los esclavos, y ellos mismos serán vuestros jueces; y vuestra libertad declinará como se retiró la bendición de Canaán. Estos azotes no serán sino los precursores de otros azotes más terribles que seguirán. El diablo dice en sí mismo respecto de vosotros:

—Yo hallo en ellos las cosas en que se cumple mi voluntad. Ellos no quieren trabajar por su Dios, y le tienen por nada... Vosotros ¡oh mis discípulos y mis criados!, estáis mucho más disciplinados que ellos delante del pueblo. Y por cuanto así os halláis, elevaos por encima de los mismos, arrancándoles sus riquezas y sus honores, y después de haberlos despojado, ahogadlos».

Y lo que el diablo dice en sí mismo, lo cumplirá en muchos por el juicio de Dios. Pero Yo que soy, digo á los que oyen: En el tiempo en que esto se ejecutará por medio de un pueblo sumergido en el error, peor todavía que éste, caerá la ruina sobre vosotros en castigo de vuestras prevaricaciones, y ese pueblo os persiguirá y descubrirá vuestras obras. Las pondrá á la luz del mediodía, y dirá de vosotros: Estos son unos escorpiones en sus obras, y sus obras son obras de serpientes. Y como por el celo del Señor os lanzará esta imprecación: *El camino de los impíos pereeerá* (Salmo I), pues por la burla y el sarcasmo exterminarán vuestros caminos de iniquidad».

Ese pueblo que obrará de este modo, seducido y enviado por el diablo, tendrá pálido el rostro, se valdrá de una máscara de santidad y ganará á los más poderosos príncipes del siglo. Les hablará de vosotros así: «¿Por qué conserváis y sufris la sociedad de estos que manchan toda la tierra con sus inmundas iniquidades? Ellos están entregados á la embriaguez y á la lujuria, y si no los desecharais de vosotros, perecería toda la Iglesia».

En seguida continúa la Santa pintando á grandes rasgos esos *reformadores austeros*, esos lobos cubiertos con piel de ovejas; pues el demonio, que vive en esos falsos profetas, les dará el exterior de las virtudes opuestas á los vicios reinantes, apariencia de desinterés y hasta de castidad. Y continúa después:

«Pero esos seductores comenzarán sus proezas por la seducción de las mujeres, lo que les hará exclamar en el delirio de su orgullo: «¡Hemos triunfado de todos!»; mas su fingida justicia no se sostendrá, y bien pronto se descubrirá su corrupción. Así es como la iniquidad juzgará la iniquidad, y como vuestras perversas obras se convertirán en venganza... Así perecerá vuesto honor y caerá de vuestras cabezas vuestra corona. Así es como la Divina Justicia, provocada por vosotros, escudriñará vuestros escándalos.

Es menester que las obras de iniquidad sean purgadas por las tribulaciones y quebrantos. Sí; esos hombres sin fe y seducidos por el diablo, serán vuestro bieldo y vuestro azote, porque no adoráis á Dios puramente. Os atormentarán hasta que sean purificadas vuestras iniquidades y vuestras mismas justicias. Estos impostores no son los que deben preceder al último día, pero son de él el germen y los precursores. Con todo eso, su triunfo no tendrá más que un tiempo. *Vendrá después la aurora de la justicia, y vuestro fin será mejor que vuestro comienzo, é instruidos por todo lo pasado, resplandeceréis*

como un oro purísimo, y así permaneceréis por bastante largo tiempo».

Un poco más arriba caracteriza aún perfectamente Santa Hildegarda nuestro tiempo en estos términos:

«Cuando se haya echado enteramente de un lado el temor de Dios, *guerras atroces y crueles sucederán á porfía, una multitud de personas serán por ellas inmoladas, y muchas ciudades se cambiarán en montones de ruinas.* Así como el hombre gana por su fuerza la debilidad de la mujer y supera el león á todos los animales, del mismo modo alguuos hombres de una ferocidad sin igual, suscitados por la justicia divina, se burlarán del reposo de sus semejantes. Así ha sucedido desde el principio del mundo; el Señor volverá á poner en manos de nuestros enemigos la vara de hierro destinada á vengarle cruelmente de nuestras iniquidades.

Mas cuando la sociedad haya sido, en fin, purificada completamente por estas tribulaciones, fatigados los hombres de tantos horrores, volverán plenamente á la práctica de la justicia y se someterán fielmente á las leyes de la Iglesia, que nos hacen tan agradables á Dios con su santo temor... El consuelo sucederá á la desolación; así como la ley nueva ha sucedido á la antigua ley, del mismo modo los días de salud harán olvidar por su prosperidad las angustias de la ruina; no siendo así, y debiéndose prolongar impunemente la inconstancia y los escándalos del mundo, se vería de tal manera obscurecida la verdad, que llegarían á quebrantarse las torres de la celestial Jerusalén, y serían pisoteadas las instituciones de la Iglesia, como si ya no existiera Dios para los hombres».

Profecía de la V. Sor Natividad.

Las profecías de la V. Sor Natividad son muy semejantes á las de Santa Hildegarda; y si hemos de declarar nuestra opinión, creemos que las superan en cuanto á señalar las obras y caracteres de las sectas masónicas. Ningún profeta las ha descrito tan bien, y buenas historias hay que no dicen tanto. Con pesar tenemos que omitir la mayor parte de la profecía, porque es muy larga. Poseemos la obra *Revelations de la Sœur de la Nativité*, en dos volúmenes, pero co-

piaremos parte del extracto que con frases literales hace el libro *Las Profecías*. Es como sigue:

«*Persecución contra la Iglesia.*—Dios me hizo ver la malicia de Lucifer y la intención diabólica y perversa de sus adeptos contra la Santa Iglesia de Jesucristo. A la orden de su jefe, estos malvados han recorrido la tierra como furiosos, con intención de preparar los caminos y sendas al Anticristo, cuyo reinado se acerca. Con el soplo corrompido de aquel espíritu de soberbia han contaminado á los hombres, que, como apestados, se han comunicado el mal los unos á los otros, y el contagio ha llegado á ser general.

Marca de los impíos.—He aquí lo que he visto. El mismo Satanás marcaba á sus satélites, que hacía cómplices de sus criminales disposiciones, con cierta materia infecta, en la frente ó en otra parte de la piel, como para imprimirles un carácter de adhesión á su obra. Apenas marcados, parecían al momento como cubiertos de lepra, de la cual quedaban inficionadas las personas que se dejaban tocar de ellos. Esta figura tiene relación al interior y al exterior de la Iglesia, y aun cuando no deba tener su perfecto cumplimiento sino en la revolución que empieza, expresa, sin embargo, las disposiciones de los que la preparan hace mucho tiempo. Tales son los esfuerzos del infierno para destruir en las almas el reino de Jesucristo y turbar á los fieles el ejercicio de su religión.

Estos emisarios del infierno y precursores del Anticristo, según se me ha hecho conocer, son los escritores impíos que por sus sistemas licenciosos y seductores han echado los fundamentos, hace ya tiempo, de la irreligión que domina. La materia infecta que comunica por todas partes el contagio, no es otra cosa que esa impura composición de impiedad, etc.; libertinaje que se extiende por todas partes y que causa tantos daños, bajo el especioso nombre de filosofía que jamás podrá merecer.

Visión sobre España.—Después de esto—no cambiéis nada de lo que voy á decir—he visto una gran potencia levantarse contra la Iglesia: ha arrancado, pillado y devastado la viña del Señor, la ha hecho servir como de vía á los transeuntes y la ha expuesto á los insultos de todas las naciones (esto se cumplió, se cumple y acabará de cumplirse). Después de haber injuriado al celibato y oprimido el estado religioso, llena de orgullo y audacia, ha usurpado los bienes de la Iglesia y se ha como revestido de los poderes de nuestro Santo Padre el Papa (hasta en favor de banderías políticas), cuya persona y autoridad ha despreciado.

He aquí lo que dijo el Señor en su ira:—¡Ay de los trai-

dores y de los apóstatas! ¡Ay de los usurpadores de los bienes de mi Iglesia y de los que desprecian su autoridad! Han incurrido en mi indignación: yo pisaré su soberbia audaz, que desaparecerá de mi presencia como el humo que se evapora por el aire, en castigo de sus crímenes. Yo les pediré cuenta de una herencia destinada esencialmente al entretenimiento de mis templos y de mis ministros, como también al socorro de los pobres.

Visión de un árbol.—Vi un árbol muy alto y muy grueso, que tenía cuatro raíces como toneles (aplicable á los tres poderes del parlamentarismo y á la prensa, que se llama cuarto poder); se veían tres sobre la tierra, formando como un tres-pies, y la otra estaba en el corazón del árbol: todas eran tan profundas, que parecían llegar hasta el infierno. Este árbol no tenía hojas ni verdor; su corteza era tan dura como el bronce: era tan alto, que yo no podía ver su cima, y de un lado se inclinaba hacia una pequeña Iglesia (¿otra vez la de España?) como si pretendiera aplastarla, pero sin lograrlo. Vi en Dios que llegaría un tiempo en que este árbol de malicia y de corrupción sería abatido por el Señor más pronto que lo fué por David el gigante Goliat...

Proyectos impíos.—Mas los impíos... componen folletos y libros, y luégo los propagan por medio de sus partidarios con el mayor secreto para seducir insensiblemente á los buenos. Y *los seducidos, temiendo ser descubiertos, vivirán en la mayor hipocresía* y aparentarán sumisión y docilidad á los ministros del Señor... Pero los seductores saldrán de sus retiros cuando sean numerosos sus adeptos, y como los lobos carnívoros cubiertos de piel de oveja se arrojarán contra la Iglesia. Manifestarán piedad y devoción muy austera; harán grandes limosnas á los pobres y á la Iglesia; darán permiso para edificar templos, conventos y hospitales: *sacerdotes y obispos aplaudirán su celo*... Pero no se tardará en descubrir sus intenciones. El despecho y la rabia de los hipócritas al verse descubiertos serán muy grandes, y pretenderán entonces destruir completamente la Iglesia, y no podrán sufrir ningún sacramento ni ceremonia, ni siquiera la señal de la cruz.

Derrota de los impíos.—Mis enemigos, decía el Señor, se alegran todavía; pero su alegría será seguida de muchas angustias: levantan trofeos contra mí, mas sobre los trofeos de su victoria estableceré yo su ruína y su destrozo. La medida está ya llena, y pronto llegará á su colmo. Los malos dan decretos contra mi Iglesia; pero según los decretos de mi justicia, perecerán con sus decretos y leyes sacrílegas. Sí, perecerán; está ya determinado; la sentencia está ya pronunciada. Con mi poderoso brazo los precipitaré como el rayo al fondo

del abismo, y caerán con la misma prontitud y violencia que Lucifer y sus secuaces. Esta suerte les espera; la han alcanzado ya muchos de sus partidarios y también uno de sus principales jefes. Dios, añade la profetisa, me reveló el nombre de éste; pero me mandó no descubrirlo, pues se reserva el manifestarlo en tiempo oportuno, y entonces, en el día de su venganza, serán conocidas las personas y sus nombres».

(*Luz Católica*, núm. 22=28 Febrero 1901).

Profecía del Padre Lorenzo Ricci, General de la Compañía de Jesús (1).

(1773)

«Primer período.—Una vez extinguida mi Orden (2), aparecerá en el mundo un nuevo Lucifer. Al principio de la quinta época del estado de la Iglesia, como á unos 1800 años del nacimiento de Cristo, viejos y jóvenes serán seducidos de los *Portaluz* (Francmasones).

Este demonio será el espíritu de orgullo, de libertinaje y de irreligión, que con el nombre de filosofía reinará durante algún tiempo en una gran parte de los pueblos. Lutero arrancó el techo del santuario, Calvino las murallas; pero la filosofía y el iluminismo socavarán hasta los fundamentos.

En Francia nacerán *gallos* que, entregados á todas las fechorías y á todos los crímenes, por sus *gritos físicos* lo pondrán todo en combustión y fascinarán de tal modo á los hombres en cuanto á libertad é igualdad, que todos los Estados serán destruídos, muertos los reyes, las flores de lis ajadas y la Religión Católica enteramente oprimida.

La Iglesia será tan cruelmente perseguida como en tiempo de Nerón, de Diocleciano y de Tiberio. Los sacerdotes, los ministros de la Religión, serán muertos, martirizados, inmolados; el altar del Señor será profanado por los apóstatas, y la secta llamada filosofía seducirá de tal modo los pueblos, cuya juventud será corrompida por el materialismo y la irreligión, que no querrán ya obedecer á Pontífices ni á Soberanos y harán la religión despreciable.

Su principal intento será destruirlo todo y erigir repúblicas en todas partes. Guerra á muerte se harán unos á otros en las usurpaciones y latrocinios. Derribarán el Papado (el poder temporal), pondrán en fuga á los Pastores y dispersarán

(1) Sobre la autenticidad de esta profecía véase Peladan, *Nouveau Liber Mirabilis*, de donde la traducimos.
(2) Por Clemente XIV, en Julio de 1773.

las ovejas. Tales cosas sucederán en este período, que en crueldad y espanto no habrá tenido igual, y enseguida vendrá el

SEGUNDO PERÍODO.—En este la humanidad, afligida por las guerras, creerá que por fin ha llegado el tiempo de la paz; pero no será así, pues la miseria y los latrocinios continuarán como antes y sólo serán diferentes en nombre.

Los príncipes alemanes, ya desunidos por el luteranismo y el calvinismo, y además conquistados por *la secta de los Portaluz*, se separarán de su emperador y se unirán contra la Religión Católica bajo la protección de un país injusto.

Pero en aquel tiempo se levantará uno (Napoleón I), cuyo nombre, cosa que parece increíble, poco antes apenas habrá sido conocido, natural de un país insignificante. Este hombre será vencedor de *Autanis* (¿Austria?), de Italia y de muchas otras potencias que la divina justicia ha decretado castigar. Llevará el nombre de Monarca Fuerte y su espada será poderosa.

No solamente destruirá, en corto espacio de tiempo, las repúblicas que se fundaban en su antigüedad, sino también las erigidas por los corrompidos discípulos de los sedicentes filósofos, que no escuchaban leyes ni iglesias, y las convertirá en fábula y risa de todo el mundo.

Restablecerá muy prontamente en medio de los pueblos corrompidos la Religión Católica, más bien por miras políticas y por arraigar la corona en su familia, que por una pura y verdadera intención hija de la Fe.

Tomará por divisa el águila rapaz, y con esta señal reinará en Francia diez veces con más rigor qne reinaron los reyes de ella. De esta suerte demostrará á los pueblos sometidos á su poder, que antes de él gozaban de libertad y que no debían haber deseado otra.

El Monarca Fuerte irá á los otros imperios, consintiéndolo Dios principalmente para castigar á los soberanos, tanto legos como eclesiásticos, porque el gobierno de ellos habrá sido malo y criminal, con desprecio de la Religión y de las leyes. Alemania y el Imperio Romano serán rasgados inexorablemente. Alemania será un imperio repartido, y habrá en él tanta diversidad en la fe como en la fidelidad; la antigua fidelidad alemana se habrá perdido, porque los alemanes se habrán convertido en franceses, adoptando las costumbres y locuras de los franceses.

Los príncipes se habrán hecho socios de los ladrones públicos... Por eso el Señor los entregó al espíritu de confusión, de suerte que querrán todos lo que poco antes no querían, burlándose de lo que habían resuelto y resolviendo luégo lo mismo de que se habían burlado; por lo cual serán la vergüenza del universo.

Los príncipes y los reyes serán maldecidos por todo el mundo, porque no hacen lo que pueden hacer. El espíritu de los *Portaluz* les ha cegado de tal modo, que en pleno medio día marchan á tientas como si estuviesen en medio de la mayor obscuridad. La justicia divina, en castigo de los latrocinios y traiciones hechos á sus respectivas patrias, ha quitado de su lugar el candelero, de modo que tienen los ojos abiertos y están ciegos.

El mismo Fuerte á quien poco antes los fascinados príncipes no habrían juzgado digno de ser servidor de ellos, destruirá gran parte de sus estados, romperá su cetro y les quitará sus coronas. Dará una parte de estos despojos á sus hermanos, á los maridos de sus hermanas y á otros parientes suyos. El espíritu de disputa y de división será su compañero. Erigirá nuevos imperios, aniquilará los antiguos y lo volverá todo del revés, como vuelve un zapatero sus zapatos».

Prosigue el Padre Ricci vaticinando sobre Napoleón I, y sin mencionar los otros ni la actual república francesa, pasa enseguida al Gran Monarca, prediciendo lo que pusimos en el capítulo anterior, artículo IV. El mismo salto se observa en otras varias profecías. Entre las muchas razones que de esto se pueden dar, una es que los profetas no tanto se refieren al imperio de una persona como al espíritu de que se informa dicho imperio, así como el P. Ricci nos ha dicho que surgiría un demonio, esto es, el espíritu de orgullo, de libertinaje y de irreligión. Ahora bien; el espíritu que informó al imperio del primer Napoleón, dura todavía á través de monarquías y repúblicas, y sólo cesará con el advenimiento del Gran Monarca.

La profecía del P. Ricci, en la parte que acabamos de traducir, parece toda alusiva á sucesos entonces futuros y ahora cumplidos; pero casi todo lo del primer período se cumple de nuevo y seguirá cumpliéndose. Por esta razón le hemos dado cabida en el presente libro, donde sólo ponemos profecías cuyo cumplimiento ha de llegar, al menos en alguna parte no realizada.

III

Los fariseos.

El fariseismo en el siglo.

La agitación impía de los sectarios parece haberse calmado un poco estos días (1): no se fíen los católicos; piensen más bien cuánto da que hacer en otras naciones, mientras en la nuestra parece amortiguada; y sobre todo, vean qué significan esos pronósticos, amenazas y reticencias que no cesa de publicar la prensa liberal... El hombre maléfico de San Gil, Río Tinto, San Sebastián y otros lugares regados de sangre, el hombre más taimadamente impío que ministro de 50 años acá, nos dirá tal vez muy pronto que esta aparente quietud no es más que el intervalo silencioso entre trueno y trueno cuando ruge la tempestad; y si él no lo dice, otro lo dirá: los tiempos han llegado; destrucción y sangre es lo que sigue.

Antes que el rayo estalle de nuevo, tratemos nosotros de que despierten de su sueño letárgico esos católicos que por su indiferencia son más bien impíos, ó peores que impíos. «Tengo menos que temer de la impiedad manifiesta que de la indiferencia religiosa y de los respetos humanos», exclamó Pío IX, todo demudado, al leer el secreto de los niños de la Saleta. De esos falsos católicos y de otros á ellos semejantes nos hablarán hoy los profetas. Meditad, lectores, meditad.

Al robo «legal» de los bienes sagrados y comunes

---

(1) Nótese que esto se publicaba por primera vez á 7 de Marzo de 1901.

ha sucedido la hipocresía de los ladrones; la humildísima y portentosa vidente Magdalena Porsat lo anunció hace más de cuarenta años.

«Esto no es un acontecimiento ordinario, dijo; es una grande época que está para abrirse: *los fariseos serán los últimos;* los grandes bandidos llegarán antes».

Más famosa que Magdalena es la Ven. Sor Ana María Taigi, cuyo gran espíritu de profecía, reconocido por la Iglesia y confirmado por los hechos, nadie ha podido negar. Sor Ana María vió hace casi un siglo los fariseos de nuestra época, y con frecuencia hablaba á su director de «la persecución que debía atravesar la Iglesia y los tiempos en que se quitaría la máscara una multitud de gentes que eran tenidas por estimables». Hoy más que nunca estamos en el caso.

Profetas de gran nombre, Santos y Venerables muy insignes hemos citado y citaremos en este capítulo; pero todo él es una prueba clarísima de lo que la misma palabra de Dios nos dijo al empezarlo, esto es, que la divina Sabiduría se complace especialmente en revelar estas cosas á los pequeños para confundir á los grandes. En este caso están las dos profetisas citadas y otra más célebre que ellas, Santa Catalina de Raconigi, cuya vida y cuyas profecías escribió su piadoso amigo el famoso Pico de la Mirandola.

«En diferentes ocasiones, dice éste, vió la beata Catalina las tribulaciones que en lo porvenir deben preceder á la futura renovación de la Iglesia... Me manifestó igualmente que, arrebatada en éxtasis un día del año 1537, vió á Nuestro Señor atado á una columna, en medio de una llanura rodeada de una multitud innumerable de todas las clases de la sociedad, y todas se hallaban cubiertas con un ropaje blanco (símbolo de la hipocresía farisaica) que lo ocultaba á la vista, sin tener de la cabeza á los pies más que dos aberturas en lo alto, acomodadas á los ojos.

Sin respeto á la presencia del Salvador, ninguno se ocupaba más que de abominables proyectos. Algunos le ultrajaban con gestos desvergonzados; otros le arrancaban la barba y la

cabellera; éstos cometían á su vista los pecados carnales más escandalosos; aquéllos, en fin, no pensaban más que en ganancias, en juegos y toda suerte de injusticias.

A lo último fué testigo de los castigos que el Señor enviaría á toda aquella multitud. Durante el éxtasis, no pudo menos de exclamar muy alto por dos veces: «¡Misericordia! ¡misericordia!»; y por espacio de dos días tuvo tanta pena, que apenas le quedaba un soplo de vida. Me dijo con toda sencillez que el azote que vendría á los clérigos sería el último y también el más terrible. *Che il flagello dei chierici, siccome sará l' ultimo, cosi sará piu grave degli alteri*».

Todo esto se refiere terminantemente á la época que precederá al triunfo del Gran Monarca, de quien esta profetisa habló claramente y casi precisó la fecha, como veremos en otra parte. Arriba nos ha dicho también que todo esto «debe preceder á la futura renovación de la Iglesia».

La V. Sor Natividad, de quien hablamos en el artículo anterior, dice que todos estos fariseos impiísimos seducirán á otros muchos, y pinta con vivos colores la hipocresía católico-liberal.

«Los seducidos, dice, temiendo ser descubiertos, vivirán en la mayor hipocresía y aparentarán sumisión y docilidad á los ministros del Señor».

La misma vidente vió en figura de un árbol infructífero y soberbio el orgullo de la moderna filosofía (el liberalismo llamado católico) que hará pronto sus últimos esfuerzos para destruir y aniquilar la Iglesia y el estado religioso. La savia parecía producida por la raíz del árbol; así la moderna filosofía toma apariencias de respeto por la Religión y la Iglesia, á la cual parecerá querer proteger y volver á su primitiva perfección (dividiéndola, como hoy, en catolicismo y clericalismo, y aparentando combatir solamente á éste); mas sus esfuerzos demuestran todo el odio que á ella tiene, lo mismo que á las virtudes cristianas, á las cuales (¡qué gran verdad!) quiere oponer las puramente humanas, haciendo de ellas gran ostentación, así como quiere que la razón substituya á la fe.

Mas la ruina de esta filosofía llegará á su vez, y la Iglesia sobrevivirá á esta borrasca. «El estado religioso reaparecerá, *después de haber sido cruelmente destrozado*».

La Ven. Catalina Emmerich vió algo más especial; vió á esos falsos católicos, á esos fementidos hipócritas respetando al Papa para engañarle, como si viera lo que hoy pasa en España y hasta en el Vaticano.

«Vi al Papa en oración, dice; pero estaba rodeado de pérfidos amigos que de ordinario hacían lo contrario de lo que él mandaba».

I Futuri Destini cita la profecía de una santa joven de Rímini, cuyo nombre no declara porque entonces aún vivía. La 7.ª edición del libro citado, que tenemos delante, es anterior á los sucesos que anuncia, y la jóven profetizó en 1848. Dijo que:

«El Romano Pontífice había perdido la base fundamental de su gobierno temporal, y que se veía obligado á doblegarse en este punto á la fuerza de los que le rodeaban. Pasados algunos años, añadió, perderá el trono y serán sus enemigos aquellos mismos que con sus aplausos lo pondrán en las nubes».

También el Ven. P. Jacinto Coma, predicando en Manresa en 1849, hizo una muy notable profecía que se ha incluído en su proceso de beatificación, y decía, fija la mirada en la época actual:

«Nuestra pobre España que palmo á palmo ha sido conquistada por la Cruz, está convertida en un pueblo de ilotas que corre al precipicio y lucha por romper con sus tradiciones, su historia y su propia manera de ser... La ayuda oficial que los hijos de Enrique VIII y los sectarios de Federico el filósofo (protestantes y liberales) ofrecerán al Vicario de Jesucristo, obedecerá más bien á apoyar el trono vacilante de un príncipe temporal que á sostener al Sucesor de S. Pedro».

Y es porque los consejos de Satanás son, hasta de los que van á misa, más generalmente seguidos que los preceptos de la Iglesia.

«Satanás se levanta por debajo de los pies de la Iglesia—

dijo el Señor á su sierva Sor María Lataste;—arma contra ella á sus propios hijos para desgarrarle el seno, y estos hijos desnaturalizados de mi Esposa oyen la voz de Satanás».

En estos tiempos de división y de guerra, lo único que todos tratan de conciliar es á Dios con Belial, es el cielo con el infierno, la Iglesia con la revolución, la verdad con la mentira, todo lo cual significó Sor Rosa Colomba, al profetizar que en estos tiempos se enarbolarían juntas la bandera tricolor y la bandera católica, como está sucediendo, especialmente en Francia.

El Serafín San Francisco de Asís profetizó también acerca de nuestros tiempos y los inmediatos, y entre otras cosas dijo:

«Habrá tantos y tales cismas y opiniones en el pueblo, en los religiosos y en el clero, que si no se abreviasen aquellos días, según la promesa del Evangelio, caerían tal vez en error hasta los escogidos. Nuestra Regla y modo de vivir serán impugnados de muchos. ¡Ay de los que, confiados en la religión (exterioridades), se entibiarán y no resistirán constantemente la tentación permitida por Dios para probar á los elegidos! Los fervorosos de espíritu que por amor y celo de la verdad sigan la piedad, tendrán que soportar persecuciones é injurias; pero sus perseguidores, agitados por el espíritu maligno, creerán que hacen un gran obsequio á Dios al procurar la muerte y purgar la tierra de personas que serán tenidas por tan contrarias al bien público».

Esto último fué también anunciado por el divino Redentor, que decía: «Se acerca la hora en que cualquiera que se quite la vida piense que hace un obsequio á Dios». Pero la maldad es tanta, que Dios mismo es condenado á veces por la «justicia» oficial, de lo cual España ha visto ya algunos casos en sus tribunales y Francia muchos. Así lo previó y anunció, según las *Voix Prophetiques* del abate Curricque, la vidente Josefa Lamarine hacia 1840.

«Hace ya algunos años, dice, vió en una gran sala una asamblea de jueces. Se encontraba allí un asiento de madera sobre el cual estaba sentado Nuestro Señor Jesucristo, á pun-

to de ser juzgado. Jueces y testigos le escarnecían. Uno de los jueces estaba en un rincón, pareciendo sostenerle; pero todos sus discursos eran pura hipocresía, y se declaró por uno de los más crueles. Todos condenaron á muerte al Salvador».

No parece sino que los fariseos judíos hayan vuelto al mundo para condenar á Dios invocando el nombre de Dios. ¡Hasta imágenes de la Santísima Virgen han sido fusiladas y arrastradas...! Los sepulcros blanqueados, la raza de víboras, los escribas y fariseos hipócritas, los que se llaman católicos para acabar con los católicos, lo dominan hoy todo y lo tiñen todo de color de infierno. Y los «verdaderos católicos» ¿qué hacen? Dormir y bostezar. Los que trabajan eficazmente vienen ya á ser una excepción.

Pues tengo formado juício de que esos indolentes que por pereza ó egoísmo apoyan indirectamente la obra de los infames fariseos, son igualmente fariseos, no son católicos, según los sucesos demostrarán en el inminente día de la gran prueba. Una respetable predicción, recogida por el abate Curricque de un venerable cartujo, dice así:

«Habrá muchos que pasarán por buenos, y ellos mismos creerán serlo; pero volverán atrás en el último momento y verán de qué son capaces: la mayor parte se verán sorprendidos y quedarán admirados de sí mismos; pero en medio de este horrible desastre, un grito se oye por todas partes: *¡Ay de los sacerdotes infieles á su vocación! ¡Ay de los falsos servidores de Dios! ¡Ay de los que menosprecian sus obligaciones! ¡Ay de los que ponen obstáculos al bien!*».

Por eso la joven riminense arriba mencionada, dice que «en virtud de todos estos estragos, aparecerá quiénes son fieles al Evangelio y quiénes no». Los fieles son ya tan pocos, que al pie de la letra se verica hoy lo que leemos en las profecías del B. Nicolás Factor, esto es, que «será tal la calamidad, que no habrá más que una tercera parte de fieles entre cuantos lleven el nombre cristiano».

«Todo esto, dice el profeta Holzhauser, será permitido, por justo juicio de Dios, á causa de haber llenado la medida

de nuestros pecados en el tiempo de la benignidad, cuando nos esperó para hacer penitencia. Una gran parte de la Iglesia latina abandonará la fe, *y quedará muy reducido el número de los buenos católicos*... Aunque guarden el nombre de católicos por algún respeto ó temor humano, estarán interiormente muertos... en la falsa política y odio contra los eclesiásticos».

«Por sus frutos los conoceréis», decía el Salvador. ¿Qué hacen todos esos católicos perezosos ó fariseos? ¿Qué hacen por la Iglesia esos «grandes católicos» que son hoy los más considerados en la Iglesia? Ya lo hemos dicho, y ahora lo repetiremos con la insigne Catalina Emmerich, que dice:

«En otra visión vi que la Hija del Rey se armó para el combate. Era una maravilla ver cómo se adaptaba todo á su armadura y cómo una cosa simbolizaba otra de una manera tan asombrosa. La Hija del Rey se halló armada de pies á cabeza. Muchos de los que así vinieron en su ayuda me eran conocidos; pero no podía yo menos de admirarme al ver que ni siquiera uno de todos los institutos, ni de personajes importantes, ni de los sabios, hubieran contribuído en cosa alguna, mientras que los pobres y desvalidos habían ofrecido por sí solos piezas en un todo completas. (Aquí parecen vislumbrarse los Crucíferos). Fuí también testigo de la batalla. Eran innumerables las tropas del enemigo; y á pesar de esto, el pequeño grupo de los fieles combatientes exterminó batallones enteros».

Lo cual conviene admirablemente con lo que tantas veces hemos dicho con los profetas, esto es, que la restauración no será obra de los grandes y poderosos, sino de los humildes que poco pueden, de los hoy desvalidos y despreciados. Preguntó al Señor Sor Ana María Taigi quiénes serían los que resistirían á pruebas tan terribles, y se le respondió: «Aquellos á quienes yo conceda el espíritu de humildad».

«La acción se halla desde ahora empeñada entre el cielo y la tierra—exclama el piadoso abate citado arriba.—El mundo se transforma al presente en un vasto campo de batalla, á donde la justicia divina hace acudir todos los azotes para concluir de una vez su causa santísima».

Y al dar cuenta de los prodigios de Santo Domingo *in Soriano*, exclama:

«En la actual cruzada contra los innumerables enemigos de la Santa Iglesia, ¿no parece que el más providencial de los servidores de la Reina de los cielos (Santo Domingo de Guzmán) nos grita como un Heraldo lo siguiente?:

«Soldados de Cristo, acordaos de Muret, Lepanto y Viena, donde Nuestra Señora del Santísimo Rosario venció, mientras la Iglesia toda llorosa combatía, ménos en los campos de batalla que en la arena de la penitencia y obras satisfactorias, de las que el Rosario es arma preferida».

Y sobre todo, católicos, sobre todo tened presentes las palabras de nuestro divino Maestro: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen á vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces».

El artículo siguiente, en que los profetas nos hablarán del Clero, demostrará cuán grande es hoy la oportunidad de este consejo divino.

(*Luz Católica*, núm. 23=7 Marzo 1901).

El fariseísmo en la Iglesia.

En *Luz Católica* hemos dado pruebas abundantísimas y terminantes del respeto que tenemos al Clero en general, y particularmente al español: véanse, entre otros, los números 2, 3, 10 y 23, págs. 18, 22, 45, 147, 152 y 365. Puestos á dar cuenta de todo lo que los profetas anuncian, tenemos cierta obligación de no omitir lo que se refiere al Clero, sin que esto modifique nuestro parecer en pro ni en contra: somos meros copistas; no hacemos tanto como Santos y Venerables citados *(ibid.)* en la pág. 365. De intento suprimiremos los comentarios: que hablen los profetas, y téngase en cuenta que se refieren terminantemente al Clero de hoy. Si alguien nos recrimina, al final le responderemos.

«Entre los llamados á sostener la Iglesia hay cobardes, indignos, falsos pastores, lobos disfrazados con piel de oveja, los cuales no han entrado en el redil más que para seducir las almas sencillas, degollar el rebaño de Jesucristo, entregar la

heredad del Señor á las depredaciones de los saqueadores, y los templos y los altares á la profanación... He aquí las amenazas que por esto hace el Señor, con toda la indignación y la saña de su justicia: «¡Ay de los traidores y de los apóstatas! ¡Ay de los que malrotan los bienes de mi Iglesia y de los que menosprecian la autoridad de ésta! Han incurrido en mi indignación; yo pisaré su soberbia audaz, que desaparecerá de mi presencia como el humo que se evapora por el aire, en castigo de sus crímenes. Yo les pediré cuenta de mi herencia... Yo endureceré su corazón y cegaré su espíritu, y cometerán pecados sobre pecados...» (Sor Natividad).

«Tomando el Soberano Juez á su cargo la causa de la justicia, castigará á los prevaricadores, y sobre todo á los malos pastores de su Iglesia, permitiendo que se les despoje de sus bienes temporales *antes de reducirlos por medio de las tribulaciones*». (Santa Hildegarda).

«Señores y grandes prelados, os ruego que os enmendéis, pues de lo contrario, recibiréis grandes castigos. ¡Oh! volved al buen camino, pues lo que os anuncio no son locuras ni tonterías como pensáis». (Beato Bartolomé Saluzzo).

«Muchos morirán entonces impenitentes, porque habrán permanecido sordos á mis palabras é inspiraciones. ¡Ay de ellos, y particularmente de ciertos prelados que engañan á mis ovejas y pretenden ser renovadores y más doctos que Agustín y Tomás! Engáñanse éstos, porque yo permitiré que les avergüencen pueblos abyectos, pero cristianos verdaderos, á los cuales daré una fe firme y estable...

Te aseguro que antes que sucedan estas cosas (la regeneración por el Gran Papa y el Gran Monarca), verán tus hermanas á muchas ovejas mías de los claustros abandonar su instituto, lo cual permitiré en castigo de ellas, porque serán orgullosas y faltarán á las promesas que me hicieron en su profesión... Sus conventos serán suprimidos». (Jesús á la Ven. Sor Dominga del Paraíso).

«¡Ay de los religiosos y religiosas que no observen sus reglas! ¡Ay de todos los sacerdotes indignos y de todos los seglares que se dan al libertinaje y siguen las falsas máximas de la moderna filosofía, condenada por la Iglesia, como contraria á los preceptos del Evangelio! Esos miserables, por su detestable conducta, negando la fe de Jesucristo, perecerán bajo el peso del brazo exterminador de la justicia de Dios, de la cual nadie escapará». (Ven. Sor Isabel Canori Mora).

«En medio de este horrible desastre, un grito se oye por todas partes: ¡Ay de los sacerdotes infieles á su vocación! ¡Ay de los falsos servidores de Dios! ¡Ay de los que menosprecian

sus obligaciones! ¡Ay de los que ponen obstáculos al bien!» *(Citada en el capítulo anterior).*

«Los preceptos divinos y humanos serán despreciados: los sagrados Cánones se tendrán por nada, haciendo el Clero igual caso de la disciplina que el pueblo de la política». (Venerable Bartolomé Holzhauser).

«La virtud en aquellos días será vilipendiada por el silencio de varios predicadores; por otros será conculcada y otros renegarán de ella. La santidad será burlada, y por esto Jesucristo les mandará, no un Pastor, sino un exterminador». (San Francisco de Asis).

«Ví la Basílica de San Pedro (figura de la Iglesia Universal), entregada á un inmenso gentío de demoladores... Los más hábiles de entre ellos, los que procedían sistemáticamente y conforme á las reglas, llevaban unos mandiles blancos (francmasones). Con gran dolor mío ví entre ellos algunos sacerdotes católicos... Mi guía me advirtió al mismo tiempo, que en tanto yo pueda, pida y encargue á los demás que pidan por los pecadores, y particularmente por los sacerdotes infieles á su vocación... Otros rezaban el Breviario con tibieza y llevaban al propio tiempo una piedra pequeñita bajo su manteo, como una cosa rara, ó la pasaban á otras manos. Parecíame que no tenían seguridad, ni arraigo, ni método, y que ni siquiera sabían lo que se debía hacer. ¡Me daba lástima!» (Ven. Sor Ana Catalina Emmerich).

«Parecíame ver en medio de aquella baraúnda un gran trono; ví á los bandidos derribar ese trono (en otro capítulo diremos qué trono es). Todo llegó entonces á su colmo; el mundo entero me parecía una ruina y un desorden... Pero lo que más llamaba mi atención eran los sacerdotes. Ví un gran número de ellos que, cuando se vieron cogidos, se ponían de parte de los malos; pero fueron confundidas sus esperanzas y perecieron miserablemente. Me parecía que esta gran crisis no duraba mucho tiempo, y que después de esto se respiraba otra atmósfera; la paz de Dios...» *(Profecía del Padre Cartujo, citada en el artículo anterior).*

«Esta mañana (11 de Marzo de 1872), he visto en la Santa Comunión á Jesús orando, los ojos hacia el cielo, las manos juntas y fuertemente puestas sobre su pecho adorable. Estaba sumido en tristeza tal, que yo no he podido menos de llorar. Obligada interiormente á pedir por las almas consagradas á Dios, comencé á implorar para ellas la divina misericordia. «Hija mía, me dijo entonces Jesús, por mis sacerdotes es por »quienes yo oro y padezco en este día». Hízome comprender al propio tiempo cuánto le afligían, y que si se ven necesitados es por culpa de ellos». (Ven. Sor Imelda).

«Si en todo esto no fuera el Señor ofendido, ninguna pena tendría yo; pero no es así, pues las dudas y las reflexiones de algunos ministros suyos, lejos de reanimar la fe en las almas, no hacen más que apagarla, y esto es una gran desgracia por la que se les harán cargos muy graves». (MAGDALENA de la Vendée).

«Hija mía, ¡cuántos ministros de mis altares hay que más bien impiden que fomentan la salud de las almas! Con sus festines, sus juegos, sus dilapidaciones, han cometido latrocinios en los bienes de la Iglesia, robando el sustento á los pobres y diciendo con intolerable orgullo: estas rentas son nuestras, sin cargo ni obligación alguna. ¡Qué usurpación! ¡Qué sacrilegio!... ¿Lo creerás, hija mía? Hay en mi Iglesia muchos Judas que me han traicionado y vendido; he sido abandonado y renegado de ellos; se libró Barrabás, pero yo he sido condenado á muerte y cruelmente azotado y coronado de espinas; herido, cubierto de oprobio y de ignominia y llevado al suplicio para ser otra vez sacrificado... ¿Qué castigo no merecen tantos y tan sangrientos ultrajes?» (El Señor á SOR NATIVIDAD)

«Antes que llegue la paz (del Gran Monarca), el afán de riquezas llevará los hombres á negar la fe; y muchos ministros de la Iglesia, llevados de la voluptuosidad carnal y de la belleza y lascivia de las mujeres, abandonarán el celibato y por donde quiera irá el demonio libre entre ellos». (Venerable B. HOLZHAUSER).

«Agitación, turbulencia, armas, sangre, apostasía: una mitra afea el altar (en Italia), muchos sacerdotes y religiosos le ayudan y forman su corona de ignominia. Otras mitras débiles *reciben lecciones de ánimo de aquellos pequeños que eran objeto de abyecciones y violencias*». (Anónima, publicada por DA MACELLO en *Il Vaticinatore*).

«Voltaire es el Dios de Francia. He escrito al señor Thiers: tanto peor para él y para Francia, si no obra como cristiano; yo he cumplido con mi deber. Cuando se trata de la gloria de Dios, no temo la prisión ni la muerte. Lo que en parte ha perdido á Francia (y á España y las demás naciones), es que el Clero ha temido más al hombre que á Dios. ¡Ah, si yo me extendiera sobre este capítulo!... ¡Pobre Clero, pobre Clero!... Pero no, yo me engaño. Según el Clero, yo soy una ilusa. El Clero es bueno, el Clero es desinteresado, el Clero está lleno de celo, lleno de caridad para con los pobres; ¡el rebaño es malo!...» (Sor MARÍA DE LA CRUZ, ó Melania, la de la Saleta).

La admirable estigmatizada y vidente Lucía Lateau padeció también mucho del Clero. No citamos

los padecimientos por que el mismo Clero hizo pasar á otros varios santos profetas; la lista sería larga: continuemos el tema general de este artículo.

«Paréceme que no me alejaré mucho de la verdad si tomo el *vous* (vos, ó vosotros), de que usaba entonces el Beato (Benito José Labre, comunicando sus revelaciones á su confesor), no como personal, sino como calificativo, de suerte, que no quería hablar de mi persona en particular, sino en general de los sacerdotes que veía cubiertos de manchas, para significar lo que sucedería en Francia respecto del orden sacerdotal, ya física, ya moralmente. Demasiado sabemos que algunos sagrados ministros se han desviado del recto sendero, y que muchos otros que son constantes y fieles, son maltratados...» (EL ABATE MARCONI, confesor del B. Benito José, citado por Mr. Desnoyers en la vida del Santo).

«La apostasía será efecto del artificio y de los esfuerzos de las personas constituídas en gobierno, sostenidas por sus subalternos, así del orden civil como del Clero». (Citada arriba, art. I).

«Llegará á creerse que en la Iglesia todo está perdido... ¡La confusión, la confusión, aun entre los Sacerdotes!» (MAGDALENA PORSAT). «Todos se guiarán por los respetos humanos... y padecerán mis escogidos tan extrañas persecuciones, que vivirán dudosos y perplejos, no sabiendo qué doctrina seguir de tantas como habrá... Ruega por mis escogidos, los cuales no sabrán de qué lado deban inclinarse». (El Señor á SOR DOMINGA DEL PARAÍSO). «Entre los perseguidores habrá tal división de pareceres, que esto colmará de gozo á los apóstatas». (Anónima, citada por DA MACELLO).

Ruega á Santa Hildegarda el Clero de Colonia, á quien ella había visitado, le diese por escrito «las palabras de vida que de viva voz le había dirigido por inspiración de Dios, y que añadiese á ellas lo que con este motivo le hubiera revelado». La respuesta es una larga carta en que con el acento enérgico de los Profetas y mirando á lo futuro, les echa en cara sus vicios y anuncia los castigos. De esta carta copiamos lo principal en el art. II del presente capítulo. Su carta al Clero de Tréveris, semejante á la de Colonia, arguye también de muchos pecados á dicho Clero, y más en particular al presente. Santa Catalina de Sena

escribió también mucho sobre esta materia. Citaremos solamente un pasaje de los que se refieren á la época actual:

«Para hacerme comprender (Jesús), que las circunstancias en que se muestra la Iglesia son permitidas para que vuelva á su esplendor, me citaba la Verdad Suprema dos textos del Evangelio: *Es necesario que vengan escándalos.* Y Nuestro Señor añadía: *Pero ¡ay de aquel por quien viene el escándalo!* Como si dijera: Yo permito estos tiempos de persecución para arrancar las espinas de que se ve rodeada mi Esposa, pero no permito los pensamientos culpables de los hombres. ¿Sabes lo que hago? Lo que hice cuando estaba en el mundo; hice entonces un látigo de cuerdas y eché del Templo á los que compraban y á los que vendían, no queriendo que la morada de mi Padre viniera á ser una cueva de ladrones. Dígote que hago lo mismo ahora: hago un látigo de las criaturas, y con este látigo arrojo á los mercaderes impuros, codiciosos, avaros, é hinchados de orgullo, que venden y compran los dones del Espíritu Santo.—Y en efecto, con este látigo de la persecución de las criaturas, Nuestro Señor los echaba y por la fuerza de la tribulación los arrancaba de su vida vergonzosa y desarreglada» (Santa Catalina de Sena).

«Cuando la sociedad haya sido bien castigada, bien azotada y desolada, entonces vivirán de otro modo el pueblo y el Clero, y subirá al Papado un Pastor (el Angélico), que gobernará con amor y celo. ¡Oh qué feliz estado aquél!» (Bto. Bartolomé de Saluzzo).

«Ayer todavía pedí á Dios ardientemente que me retirase las visiones (particularmente acerca del Clero), á fin de no tener la obligación de manifestarlas y la responsabilidad que esto lleva consigo; mas lejos de ser escuchada, se me ha dicho, como de costumbre, que debo referir todo lo que esté en condiciones de decirse, y esto aunque se burlen de mí. Yo no puedo comprender para qué servirá esto. Me han dicho que nadie ha visto todo esto de la misma manera que yo, y además que esos no son negocios míos, sino que incumben á la Iglesia. Es una desgracia que se pierdan tantas cosas, y de aquí resulta gran responsabilidad. Bastantes personas, que son causa de que yo no goce de reposo, y el Clero que está necesitado de hombres y de fe para hacer esto, tendrán que dar á Dios terrible cuenta». (Sor Ana Catalina Emmerich).

Este pasaje nos trae á la memoria lo que el abate Trichaud dice en el folleto *Pío IX y Enrique V*, 10,

edición de Marsella, tratando de la gran profecía de San Cesáreo.

«Continué, dice, mi trabajo histórico de San Cesáreo. Cuando en 1853 lo entregaba á la imprenta, el imperio salvaba á Francia de una espantosa anarquía y *parecía* sostener entonces la Religión, *no como instrumento político, no por agradar á un partido, sino únicamente por convicción y por amor del bien que inspira y de las verdades qne enseña.*

Yo no tuve el valor de turbar aquellas dulces esperanzas, suscitando en la opinión pública tristes aprensiones».

Con palabras como las subrayadas y otras muchas tan falaces y pérfidas como ellas, el más falaz de los soberanos logró adormecer en Francia á los varones más ilustres, incluído el clero. Muy pocos sospecharon como debían de aquel precusor del Anticristo que, si no hizo más daño, fué porque no pudo. Eso, eso mismo sucede hoy; no se sospecha de ciertos gobernantes, el Clero se adormece, los fieles también... y si una Emmerich lo advierte, búrlanse de ella y la persiguen.

¡Cuán terribles serán las consecuencias de nuestra ceguera!

(*Lus Católica*, núm. 24=14 Marzo 1901).

Apéndice.—Obediencia.

En muchos de nuestros humilde escritos nos hemos ocupado de la influencia que los defectos del Clero pueden ejercer en la te de los católicos, tocante á la divinidad de la Iglesia. Nos parece oportuno copiar aquí un pasaje de nuestro modesto libro *Los Consejos del Cardenal Sancha*, en el cual, pág. 95, se lee:

«Lejos de creer que la miseria del hombre empaña la santidad de lo instituído por Dios, vemos, por el contrario, en eso mismo una razón más de su sello divino. Veo en los aires, elevado sobre torres y montoñas, un castillo espléndido y solidísimo, contra el cual nada pueden las tempestades, ni los

ciclones, ni la furia de las guerras humanas. La mole de granito que se levanta á las nubes, desafiando todos los rigores del tiempo, puede hundirse por un terremoto; pero aquel castillo no se hunde. Y sin embargo, su base es ¡una caña clavada en la tierra! esa sola caña lo sostiene en los aires contra todas las furias. ¿Quién no ve en esto un perenne milagro de aquel que dijo: *Tu es Petrus...*? Esa es la Iglesia, esa es la Santa Sede, esa la Piedra, y sus ministros son la caña: la fragilidad de ellos prueba la divinidad de ella; culparlos no es culparla; la doctrina es de ella, la conducta es de los hombres».

Otro punto nos conviene tocar. ¿Merecen obediencia unos ministros tan defectuosos? Hoy responden casi todos: NO. Nosotros, que pensamos de muy diferente manera, respondemos: SÍ. La vidente Magdalena Porsat habla de los malos sacerdotes y obispos, y dice: «Id á los Pastores; Dios es quien los ha puesto. Pero ¡ay! ¡ay de los mercenarios que se ponen del lado del siglo!» Es lo que expresó el Príncipe de los Apostóles con su conocida palabra: *Etiam discolis*.

Antes lo mandó Jesucristo diciendo: «Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos: *haced lo que os manden*, pero no los imitéis».

Este ha sido siempre nuestro principio teórico y práctico, y en *Luz Católica* hemos dado muchas pruebas. Si alguien lo duda, dígnese consultar especialmente los números 1, 3, 4, 7, 8 y 10; y para facilitárselo, citaremos las páginas, que son: 5, col. 1.ª; 39, col. 1.ª; 52, col. 2.ª; 98 y 99; 107, col. 2.ª, 114, col. 1.º; 144.

Si de muchos no hemos sido comprendidos, es porque los tales confunden la obediencia con la prudencia, la justicia y otras virtudes. A la obediencia no corresponde examinar el mandato, sino obedecer; el examen pertenece á las otras virtudes.

Perfecte obediens est qui, propria voluntate et judicio reluctante, alienum sequitur imperium atque judicium, dice el V. Padre Granada en el 2.º de su Retórica, c. 12; y en el 11 del 6.º añade: *Obedientia nihil deliberare, nihil discutere tenetur, quum ad hanc virtutem*

NON IMPERATA EXAMINARE, SED DILEGENTER EXEQUI PERTINEAT; que es lo que nosotros hemos dicho.

La discreción, que viene á ser un compuesto de muchas virtudes, es la que examina la licitud del mandato cuando conviene, y la que hace decir á San Gregorio Magno: «Adviértase á los súbditos que no se sujeten más de lo conveniente, no sea que, sujetándose así á los hombres, se vean obligados á reverenciar los vicios de éstos». *Obedire oportet Deo magis quam hominibus.*

Por eso puede uno valerse de todos los derechos de la corrección fraterna y corregir al sacerdote ó al Prelado, sin que por esto deje de ser obediente. Lo que hay para ello es dificultad, no poca; mas la dificultad no es incompatibilidad.

No obstante estas doctrinas, que son las genuinamente católicas, hoy se mide generalmente la obediencia por la conveniencia ó el interés, de suerte que, si el superior no nos favorece ó deja hacer, no se le obedece ó se le obedece de mala manera. San Ignacio de Antioquía ya previno esta falsa obediencia en el primer siglo de la Iglesia. «No consideréis el superior según la carne, decía, sino según Jesucristo».

Obedecer á los superiores por lo que son ó dejan de ser, no es obediencia; se les debe obedecer por su autoridad, que les viene de Dios, prescindiendo de sus obras; lo demás no es católico ni cristiano.

Si los hubiésemos de respetar según la carne, perderían todo su derecho á ser respetados los mismos que murmuran de ellos por razones ó prudencias de la carne.

(*Luz Católica*, núm. 24=14 Marzo 1901).

IV

Castigo y penitencia.

El Castigo se acerca.

Y después de tanta relajación, de tanta impiedad, de tantas abominaciones como nos han descrito los artículos precedentes, ¿qué esperan los hombres?

«Los hombres,—dice el Señor en el *Grito de Salud*,—se han negado á recibir á un Dios bueno y misericordioso, y verán cómo descarga sobre ellos la cólera de un Dios justamente irritado; verán que no se insulta á Dios en vano, y reconocerán, aunque tarde, que soy Omnipotente».

Y á los niños de la Saleta dijo la Santísima Virgen:

«Si mi pueblo no quiere someterse, me veré obligada á dejar caer el brazo de mi Hijo; es tan pesado, que no puedo detenerlo por más tiempo». «En vano intentaréis libraros de la ira de Jesucristo, el cual ya no puede contener la espada de su justicia», anunció el B. Bartolomé de Saluzzo; y el apocalíptico abate Silvestro Castiglione vió escritas estas palabras de la Escritura en el libro de sus visiones: «Raza de víboras, ¿quién os librará de la cólera del Omnipotente que está para estallar? He aquí que la segur está ya aplicada al tronco del árbol; si no os convertís pronto y de todo corazón á Jesucristo, Él blandirá contra vosotros su espada y tenderá su terrible arco».

El ilustre Da Macello cita en *I Futuri Destini* la visión de un humilde profeta de Turín, contemporáneo suyo, verificada el 27 de Febrero de 1862. Del nombre del vidente sólo pone las iniciales G. R.; pero bien pesadas las razones y la visión en sí misma, parece tener ésta todas las notas de autenticidad: por auténtica la admitimos y de buen grado la copiaríamos toda, si no fuera tan larga; pondremos solamente el final, que es la entrega de una carta ó aviso llevado

por el vidente al Papa, de parte de Jesucristo, el cual dirigía á los hombres tremendas amenazas que se convertirían en hechos si no enmendaban sus costumbres y hacían penitencia.

Además, mandábase al Sumo Pontífice «amonestar á las autoridades temporales que no permitiesen la libertad de imprenta y la difusión de los libros impíos é inmorales; que observasen é hiciesen observar los días festivos y no tolerasen las blasfemias, los desórdenes y escándalos públicos; que respetasen la Religión santísima, pues de no respetarla, pueblos y gobernantes incurrirían en la tremenda ira de Dios; que aquellos reinos y naciones á los cuales los castigos y amenazas no bastasen para hacerlos volver en sí, tendrían la misma suerte del pueblo judaico (1), esto es, serían abandonados por Dios á su ceguera y réprobo sentido, para ser primero aniquilados y después atormentados por toda la eternidad».

Muchas veces han dirigido desde entonces Pío IX y León XIII estas amonestaciones á los Gobiernos, pero los Gobiernos las han menospreciado; el castigo, pues, era necesario, y en efecto, empezó tiempo ha, dura, y seguirá siendo cada vez más terrible. Entre los pecados *de moda* que más excitan la cólera de Dios, descuellan la profanación de los días festivos, la impureza y la blasfemia. El vidente arriba citado lo indica; el abate Curricque trae también en *Voix Prophetiques* la visión de otro profeta cuyo nombre omite por las mismas razones que Da Macello, y el profeta dice de Francia como pudiera decir del resto del mundo:

«Dios me da á conocer que las desgracias que amenazan á Francia se cumplirán, sobre todo, á causa de la profanación

(1) Da Macello, interpretando este pasaje, pone estas palabras que son muy de notar por su aplicación á cierto presente: «El pueblo judío, después de haber esperado durante cuatro mil años al Redentor, cuando llegó la plenitud de los tiempos y Éste vino al mundo, no quiso reconocerle ni obedecerle». Hágase la aplicación á lo que acontece hoy respecto de *El hombre que se necesita*.